

El Gran Gatsby: extracto del capítulo 6

Instrucciones para “por qué resaltamos”: Resalta, en dos colores diferentes, elementos de 1) atmósfera y 2) tono. ANOTA en los márgenes qué ambiente y actitudes se transmiten en tus palabras y frases resaltadas.

Evidentemente, a Tom lo perturbaba que Daisy anduviera sola, y el sábado siguiente por la noche acudió con ella a la fiesta de Gatsby. Tal vez su presencia dio a la velada una peculiar cualidad de opresión; esta fiesta se destaca en mi memoria entre las otras fiestas de Gatsby de ese verano. Estaba la misma gente, o al menos el mismo tipo de gente, la misma abundancia de champán, el mismo alboroto de voces y colores, pero sentí un malestar en el aire, una dureza penetrante que no había estado allí antes. O tal vez simplemente me había acostumbrado, acostumbrado a aceptar a West Egg como un mundo completo en sí mismo, con sus propias normas y sus propias grandes figuras, no inferior a nada porque no tenía conciencia de serlo, y ahora lo estaba viendo de nuevo, a través de los ojos de Daisy. Es inevitablemente triste mirar con nuevos ojos las cosas en las que has gastado su propia capacidad de adaptación.

Llegaron al crepúsculo, y, mientras paseábamos entre los centenares de personas resplandecientes, la voz susurrante de Daisy hacía trucos en su garganta.

"Estas cosas me emocionan tanto", susurró.

"Si quieres besarme en cualquier momento de la noche, Nick, sólo tienes que decírmelo y estaré encantada de organizarlo para ti. Sólo menciona mi nombre. O presenta una tarjeta verde. Estoy repartiendo tarjetas..."

"Mira alrededor", sugirió Gatsby.

"Estoy mirando alrededor. Estoy teniendo una maravillosa..."

"Debes ver las caras de muchas de las personas de las que has oído hablar".

Los ojos arrogantes de Tom recorrieron la multitud.

"No salimos mucho", dijo. "De hecho, pensaba que no conozco a nadie aquí".

"Quizá conozcas a esa señora". Gatsby indicó una magnífica mujer orquídea, apenas humana, sentada ceremoniosamente bajo un ciruelo blanco. Tom y Daisy se quedaron mirando, con esa peculiar sensación de irrealidad que acompaña al reconocimiento de una celebridad del cine, hasta ahora fantasmal.

"Es encantadora", dijo Daisy.

"El hombre que se inclina hacia ella es su director".

Gatsby los llevó ceremoniosamente de un grupo a otro:

"Sra. Buchanan... y Sr. Buchanan..." Tras un instante de vacilación añadió: "el jugador de polo".

"Oh no", objetó Tom rápidamente, "yo no".

Pero evidentemente el sonido de esas palabras le gustó a Gatsby, porque Tom siguió siendo "el jugador de polo" durante el resto de la noche.

"¡Nunca conocí a tantas celebridades!" exclamó Daisy. "Me gustó ese hombre -¿cómo se llamaba?- con esa especie de nariz azul".

Gatsby lo identificó, y agregó que era un pequeño productor.

"Bueno, me gustó de todos modos".

"Prefiero no ser el jugador de polo", dijo Tom en tono agradable, "prefiero mirar a toda esa gente famosa pasando desapercibido".

Daisy y Gatsby bailaron. Recuerdo que me sorprendió el elegante y conservador fox-trot de Gatsby; nunca le había visto bailar. Luego se dirigieron a mi casa y se sentaron en los escalones durante media hora, mientras que, a petición de ella, yo permanecí atento al jardín. "En caso de que haya un incendio o una inundación", explicó, "o cualquier desastre natural".

Tom apareció de su anonimato cuando nos sentábamos a cenar juntos. "¿Les importa que coma con esas personas de allí?", dijo. "Un tipo está contando cosas muy divertidas".

"Adelante", contestó Daisy con amabilidad, "y si quieres anotar alguna dirección aquí tienes mi pequeño lápiz de oro"... miró a su alrededor después de un momento y me dijo que la chica era "común

pero bonita", y supe que, salvo por la media hora que había estado a solas con Gatsby, no lo estaba pasando bien.

Estábamos en una mesa especialmente achispada. La culpa era mía: a Gatsby lo habían llamado por teléfono, y yo lo había pasado bien con estas mismas personas sólo dos semanas antes. Pero lo que me había divertido entonces, ahora se volvió séptico en el aire.

"¿Cómo se siente, señorita Baedeker?"

La chica a la que se dirigían intentaba, sin éxito, dejarse caer contra mi hombro. Ante esta pregunta, se incorporó y abrió los ojos.

"¿Qué?"

Una mujer enorme y aletargada, que le había estado insistiendo a Daisy que jugara al golf con ella mañana en el club local, habló en defensa de la señorita Baedeker:

"Oh, está bien ahora. Cuando toma cinco o seis cócteles siempre empieza a gritar así. Le digo que debería dejarlo".

"Lo dejé", afirmó la acusada con voz hueca.

"Te oímos gritar, así que le dije al doctor Civet: 'Hay alguien que necesita su ayuda, doctor'".

"Está muy agradecida, estoy seguro", dijo otro amigo, sin gratitud. "Pero le mojaste el vestido cuando le metiste la cabeza en la piscina".

"Lo que más odio es que me metan la cabeza en una piscina", murmuró la señorita Baedeker. "Casi me ahogan una vez en Nueva Jersey".

"Entonces debería dejarlo", replicó el doctor Civet.

"¡Mira quién habla!", gritó violentamente la señorita Baedeker. "Le tiemblan las manos. ¡No dejaría que usted me operara!".

Fue así. Casi lo último que recuerdo es estar con Daisy y ver al director de cine y su estrella. Seguían bajo el ciruelo blanco y sus rostros se tocaban excepto por un pálido y fino rayo de luz de luna entre ellos.

Se me ocurrió que él había estado inclinándose muy lentamente hacia ella durante toda la noche para lograr esta proximidad, e incluso

mientras lo observaba lo vi encorvarse un último grado y besar su mejilla.

"Me gusta ella", dijo Daisy, "creo que es encantadora".

Pero el resto la ofendía, y sin duda, porque no se trataba de una pose sino de una emoción. Estaba horrorizada por West Egg, ese "lugar" sin precedentes que Broadway había engendrado en un pueblo de pescadores de Long Island, horrorizada por su crudo vigor, exacerbado bajo los viejos eufemismos y por el destino demasiado intrusivo que arreaba a sus habitantes por un atajo de la nada a la nada. Veía algo horrible en esa simplicidad que no podía entender.

Me senté con ellos en los escalones de la entrada mientras esperaban el coche. Estaba oscuro aquí delante; sólo la puerta iluminada enviaba tres metros cuadrados de luz hacia el suave y oscuro amanecer. A veces, una sombra se movía contra la persiana del vestidor de arriba, y daba paso a otra sombra, a una procesión indefinida de sombras, que se ponían colorete y empolvaban en un espejo invisible.

"Pero, ¿quién es ese Gatsby?", preguntó Tom de repente. "¿Un gran contrabandista de licor?"

"¿Dónde oíste eso?", pregunté.

"No lo oí. Me lo imagino. Muchos de estos nuevos ricos son grandes contrabandistas de licor, ya sabes".

"Gatsby no", dije en pocas palabras.

Guardó silencio por un momento. Los guijarros del camino crujían bajo sus pies.

"Bueno, ciertamente debe haberse esforzado para reunir este zoológico".

Una brisa agitó la bruma gris del cuello de piel de Daisy.

"Al menos son más interesantes que la gente que conocemos", dijo Daisy con esfuerzo.

"No parecías tan interesada".

"Bueno, lo estaba".

Tom se rió y se volvió hacia mí.

"¿Te fijaste en la cara de Daisy cuando esa chica le pidió que la duchara con agua fría?"

Daisy comenzó a cantar con la música con un susurro ronco y rítmico, extrayendo de cada palabra un significado que nunca antes había tenido y que nunca volvería a tener. Cuando la melodía se elevaba, su voz se quebraba dulcemente, siguiéndola, de una manera que tienen las voces de contralto, y cada cambio volcaba un poco de su cálida magia humana en el aire.

"Viene mucha gente que no ha sido invitada", dijo de repente. "Esa chica no estaba invitada. Simplemente entran a la fuerza y él es demasiado educado para oponerse".

"Me gustaría saber quién es Gatsby y qué hace", insistió Tom. "Y creo que voy a esforzarme en averiguarlo".

"Puedo decírtelo ahora mismo", respondió Daisy. "Era dueño de algunas farmacias, muchas farmacias. Las fundó él mismo".

La demorada limusina venía por el camino.

"Buenas noches, Nick", dijo Daisy.

Su mirada se alejó de mí y buscó la parte superior iluminada de la escalera, donde LAS TRES EN PUNTO DE LA MAÑANA, un valsecito prolijo y triste de ese año salía por la puerta abierta. Al fin y al cabo, en la misma informalidad de la fiesta de Gatsby había posibilidades románticas totalmente ausentes en su mundo. ¿Qué era lo que había en la canción que parecía llamarla a regresar al interior? ¿Qué pasaría ahora en las horas oscuras e incalculables? Tal vez llegaría algún invitado increíble, una persona infinitamente rara y digna de admiración, alguna joven auténticamente radiante que con una nueva mirada a Gatsby, un momento de encuentro mágico, borraría esos cinco años de devoción inquebrantable.

Aquella noche me quedé hasta tarde, Gatsby me pidió que esperara hasta que estuviera libre, y me entretuve en el jardín hasta que el inevitable grupo de nadadores, helado y exaltada, llegó desde la playa oscura, hasta que en la planta alta se apagaron las luces en las habitaciones de los invitados. Cuando bajó por fin la escalera la piel bronceada se dibujaba inusualmente tersa en su rostro, y sus ojos estaban brillantes y cansados.

"No le gustó", dijo inmediatamente.

"Por supuesto que sí".

"No le gustó", insistió. "No lo pasó bien".

Se quedó en silencio y adiviné su indescriptible depresión.

"Me siento lejos de ella", dijo. "Es difícil hacer que entienda".

"¿Te refieres a lo del baile?"

"¿El baile?". Descartó todos los bailes que había dado con un chasquido de dedos. "Viejo amigo, el baile no tiene importancia".

Lo único que quería de Daisy era que fuera a ver a Tom y le dijera: "Nunca te he querido". Después de que ella borrara cuatro años con esa afirmación, podrían decidir las medidas más prácticas a tomar. Una de ellas era que, después de que ella fuera libre, volverían a Louisville y se casarían saliendo de su casa, como si fuera cinco años antes.

"Y ella no lo entiende", dijo. "Antes era capaz de entender. Nos sentábamos durante horas..."

Se calló y comenzó a caminar por un sendero desolado de cáscaras de fruta y favores desechados y flores aplastadas.

"Yo no le pediría demasiado", aventuré. "No se puede repetir el pasado".

"¿No se puede repetir el pasado?", gritó incrédulo. "¡Por supuesto que se puede!".

Miró a su alrededor con desenfreno, como si el pasado estuviera acechando aquí, a la sombra de su casa, justo fuera del alcance de su mano.

"Voy a arreglar todo como estaba antes", dijo, asintiendo con determinación. "Ella lo verá".